

La Calavera Catrina – Guion para el Día de los Muertos



La calavera catrina obra teatro corta

La tradicional **fiesta del Día de los Muertos en México** cuenta con varios personajes y símbolos que no pueden faltar, uno de ellos es **La Calavera Catrina**, cuya figura esta inspirada y satiriza a las aristocráticas europeas que llegaban a América. Esta fiesta busca recordar a los muertos y rendirles homenaje. Catrina es un esqueleto femenino con ropa de época de principio de siglo XX.

En esta obra cómica de teatro corta vamos a poder personificarla junto a otros tantos personajes, para demostrar que el trabajo duro vale la pena.

□ **Título: La Calavera Catrina**

Autor: Anonimo

Obra de 12 personajes

□ **Personajes:**

- Catrina
- Narrador
- Señor
- Nieta
- Mamá de la niña
- Caminante
- Señor Noriega
- Señora Noriega
- Niño Noriega
- Los González
- Viejo en Caballo
- Francisca

□ **ACTO 1**

En la escena se aprecian dos casas con colores alegres y maceteros, un camino verde con flores y árboles, la muerte anda vestida de negro con un sombrero blanco y un traje negro holgado. Además se ve un campo arado y maizales. (Entra la muerte con su trenza retorcida bajo el sombrero y su mano amarilla en el bolsillo.)

Catrina: ¡Santos y buenos días!

Narrador: Y ninguno de los presentes la pudo reconocer.

Catrina: (Pregunta dudosamente) Si no molesto quisiera saber dónde vive la señora Francisca.

Señor: (El Señor se asoma por la ventana de su casa y señala con su dedo hacia los campos) Pues mire, allá por los matorrales que bate el viento ¿ve? Hay un camino que sube la colina. Arriba hallará la casa.

Catrina: ¡Cumplida está! Ay ¡Gracias a Dios!

Narrador: La muerte se echó a andar por el camino aquella mañana que, precisamente, había pocas nubes en el cielo y todo el azul resplandecía de luz. Un ambiente muy desagradable para ella, pues es la apestosa muerte. Andando, miró la hora y vio que eran las siete de la mañana. Por lo tanto, para la 1 y cuarto, pasado meridiano, se habría llevado ya a la señora Francisca.

Catrina: (Alegre y suspirando) ¡Menos mal!, poco trabajo; un solo caso.

(Mientras la muerte va caminando despacio por muchas flores tratando de no chocar con ninguna de ellas. Y haciendo caras de asco. Cuando pasa por el árbol se lo queda viendo, lo huele y se tapa la nariz; lo mismo con las flores. Se escucha fondo musical de agua cayendo y de pájaros trinando)

Narrador: Se dijo satisfecha de no fatigarse y siguió su paso, metiéndose ahora por el camino apretado del romerillo y rocío. Efectivamente, era el mes de mayo y con los aguaceros caídos, no

hubo semilla silvestre ni brote que se quedara bajo la tierra sin salir el sol. Los retoños de las ceibas eran pura caoba transparente. El tronco del guayabo soltaba, a espacios, la corteza, dejando ver la carne limpia de la madera. Verde era todo, desde el suelo al aire y un olor a vida subiendo de las flores. Natural que se tapara la nariz. Lógico también que ni siquiera mirara tanta rama llena de nidos ni tanta abeja con su flor. Pero, ¿qué hacerse? Estaba la muerte de paso por aquí sin ser su reino. Por fin llegó a la casa de Francisca.

Catrina: (Con tono confianzudo) Con Panchita, por favor.

(Sale una niña de la casa acompañada de su mamá. La muerte sigue con su trenza y la mano en el bolsillo)

Nieta: (Con miedo) Abuela salió temprano.

Catrina: ¿Y a qué hora regresa?

Mamá de la niña: ¡Quién lo sabe! Depende de los quehaceres. Por el campo anda, trabajando.

Catrina: (Se muerde el labio y con tono de cansada) ¡Hace mucho sol! ¿Puedo esperarla aquí?

Mamá de la niña: Aquí quien viene tiene su casa. (Advirtiéndolo) Peeroo puede que ella no regrese hasta el anochecer.

Catrina: (Piensa mirando para arriba, con el labio mordido y con la mano en la barbilla; se oye en el fondo musical con eco) ¡Chin! Se me irá el tren de las cinco. ¡No! ¡Mejor voy a buscarla!) ¿Dónde, de fijo, pudiera encontrarla ahora?

Mamá de la niña: Pues de madrugada salió a ordeñar. Seguramente estará en el maíz, sembrando.

Catrina: ¿Y dónde está el maizal?

Mamá de la niña: Siga la cerca y luego verá el campo arado detrás.

Catrina: (Secamente) Gracias.

Narrador: Y andando y andando, siguió la muerte. Sin embargo, miró todo el campo arado y no había un alma en él. Sólo garzas. Soltóse la trenza la muerte y rabió.

Catrina: (Enojada) ¡Vieja andariega! ¡Dónde te habrás metido! (Escupe y continúa caminando)

Narrador: Una hora después de tener la trenza ardida bajo el sombrero y la nariz repugnada de tanto olor a hierba nueva, la muerte se topó con un caminante.

Catrina: ¡Señor! ¿Pudiera usted decirme donde está Francisca por estos caminos?

Caminante: (Alegremente) ¡Tiene suerte! Media hora lleva en casa de los Noriegas. Está el niño enfermo y ella fue a sobarle el vientre

Catrina: ¡Gracias! (Se dispara a caminar rápido para llegar)

Narrador: Duro y fatigoso era el camino. Además ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillo, y ya sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se pierde la mitad del esfuerzo. Así, por tanto, llegó la muerte hecha una lástima a casa de los Noriegas.

Catrina: (con tono cansado y soplándose con el sombrero) ¡Con Francisca! A ver si me hace el favor.

Señor Noriega: (Con desilusión) ¡Ya se fue!

Catrina: (Sorprendida) ¡Pero, cómo! ¿Así de pronto?

Señora Noriega: (Frunciendo las cejas) ¿Cómo de pronto? Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo. ¿De qué extrañarse?

Catrina: (Apenada) Bueno... Verá. Es que siempre una hace la sobremesa en todo, digo yo.

Señor Noriega: (Indagando y con los ojos bien abiertos) Entonces usted no conoce a Francisca.

Catrina: Tengo sus señas.

Señora Noriega: (Retándola) A ver, dígalas.

Catrina: (Señalando las partes del cuerpo que va diciendo) Pues... con arrugas, desde luego, ya son sesenta años...

Señor Noriega: ¿Y qué más?

Catrina: Verá... el pelo blanco... Cas i ningún diente propio... La nariz, digamos... (con duda)

Señora Noriega: ¿Digamos qué?

Catrina: Filosa

Señora Noriega: ¿Eso es todo?

Catrina: (Tratando de convencer) Bueno... además de nombre y dos apellidos.

Señor Noriega: Pero usted no ha hablado de sus ojos.

Catrina: Bien, nublados... sí, nublados han de ser... ahumados por los años.

Señora Noriega: Nooo, no la conoce. Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada. Esa, a quien usted busca, no es Francisca.

Narrador: Y salió la muerte otra vez por el camino. Iba ahora indignada sin preocuparse mucho por la mano y la trenza, que medio se le asomaba por debajo del ala del sombrero. Anduvo y anduvo.

Catrina: (Llega a cada de los González y pregunta) ¿Está la señora Francisca?

González: Francisca está a un tiro de ojo de aquí, cortando pastura para la vaca de los nietos.

Catrina: (Decepcionada, ve la pastura cortada)

Narrador: Pero a pobre muerte solo vio la pastura recién cortada y nada de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso. Entonces la muerte, que ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados y la camisa negra, más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora.

Catrina: (Espantada) ¡Dios! ¡Las cuatro y media! ¡Imposible! ¡Se me va el tren! (se va zapateando)

Narrador: Entonces echó la muerte de regreso, maldiciendo por su mala suerte. Mientras tanto, a dos kilómetros de allí, Francisca escarbaba las malas hierbas del jardincito de la escuela. Un viejo

conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le echó a su manera el saludo cariñoso:

Viejo: (Gritándole) Francisca, ¿Cuándo te vas a morir?

Francisca: (Asomando medio cuerpo de entre las flores le dice alegremente) ¡Nunca! Siempre hay algo que hacer.

FIN.